

Yo, el Alcohol.



YO, EL ALCOHOL

Por Dr. Jorge D. Pamplona Roger

Criterios Profesionales

Publicado en el no. 99. Compendio 6

El autor es Doctor en Medicina, especialista en Cirugía General y del Aparato Digestivo, y autor de Best Seller "Disfrútalo".

PERMÍTEME presentarme: mi nombre es Alcohol, y mi apellido Etílico. Estoy formado por moléculas, cada una de las cuales tiene dos átomos de carbono, seis de hidrógeno y uno de oxígeno.

Poca cosa, pensarán quizás algunos. Pues bien, lean mi autobiografía y se asombrarán de todo lo que soy capaz de hacer.

Nací en el oscuro sótano de una bodega. Bueno, digo nací, aunque en realidad mi formación no fue repentina, sino que fui apareciendo lentamente. Mis progenitores fueron la Glucosa y unos pequeños microorganismos a los que los humanos dan distintos nombres, como: *Saccharomyces ellipsoideus* y *Saccharomyces cerevisiae*. Los microorganismos que me producen se alimentan del azúcar de las frutas y de otros glúcidos (hidratos de carbono) y de su digestión.

Aparezco yo, el alcohol, así, ya ven lo que soy...sólo una resaca. La verdad es que me avergüenzo un poco de decirlo; aunque, curiosamente, en la publicidad se me presenta como algo noble; aparezco siempre rodeado de gente y de ambientes selectos. ¡Si ellos supieran que tan sólo soy un producto de deshecho!... Después de pasar un cierto tiempo dentro de unos

barriles de madera de roble, me envasaron en unas botellas de vidrio “muy bonitas”; por cierto, sobre ellas me pegaron una elegante etiqueta. Por fin, un día me vertieron en una copa y tuve la oportunidad de actuar sobre un organismo humano. Y así fue como Oscar estuvo dispuesto a beberme.

Mi paso por el esófago

Al pasar por la garganta de Oscar, le produzco una leve irritación en las células de las mucosas que tapizan el interior, por lo que tuvo la sensación de ardor. Pero esto no fue más que el principio, en el esófago, las cosas fueron peor. Provoqué una verdadera inflamación de su mucosa, que, con el tiempo, si sigo actuando, acabara convirtiéndose en una esofagitis.

Yo, el Alcohol, en el esófago suelo actuar junto con otro compañero: el tabaco, la acción imitativa de ambos es tan intensa como para provocar la degeneración de algunas de las células que terminara dando lugar al cáncer de ese órgano.

Todos los cánceres son malos, pero el que provocamos el tabaco y yo, es especialmente maligno, quien lo padece, no pude tragar, a veces ni si quiera saliva y muere después de un penoso sufrimiento.

Yo en el estómago

Cuando llegué al interior del estómago disfruté a mis anchas provocando irritación e inflamación en su interior; y es que yo no sé hacer otra cosa más que inflamar e irritar. Por donde quiera que paso dejo rastro de enrojecimiento, ardor y escozor, tanto si es en el interior del cuerpo o en la piel.

La mucosa que tapiza el interior del estómago se puso muy enrojecida al verme. Empezó a segregar moco y jugos gástricos; creo que para defenderse de mí. El estómago me teme y con razón: le provocho congestión, gastritis, úlceras, y hemorragias. En su intento de deshacerse de mí, acelera el proceso de digestión de los alimentos y se contrae para vaciarse lo más pronto posible. Por eso, una de las pocas buenas que se dice de mí, es que ayudo a hacer digestión a los que tienen estómago “perezoso” o padecen de jugos gástricos.

Entro rápido y salgo despacio

Ahora bien, aunque mi acción sobre el estómago de Oscar fue intensa, en realidad duró poco tiempo. Como atravieso tan fácilmente los tejidos del cuerpo, desde el estomago hasta las primeras porciones del duodeno, pasé rápidamente, a los cinco minutos de llegar al estómago, yo ya había empezado a llegar a la sangre. En el intestino delgado apenas quedó rastro de mí.

Me encontraba viajando por las venas y arterias de Oscar distribuyéndome cómodamente por todas las células y tejidos. Aunque. Me halle presente en poca cantidad en la sangre, yo, el Alcohol, soy capaz de llegar hasta el último rincón del cuerpo, y la verdad es que en cada sector del organismo me encuentro a mis anchas. Y cuando los sistemas de eliminación tratan de

expulsarme, me “hago duro”. Se las hago bien difícil. Me resisto a ser eliminado por la respiración, la orina o el sudor, a diferencia de lo que ocurre en otros compañeros tóxicos: la nicotina que es fácilmente expulsada en la orina. A pesar de los esfuerzos de Oscar por alguna de sus secreciones o excreciones, mis propiedades químicas me permiten resistir bastante el tiempo dentro y si quiere deshacerse de mí, no tendrá más remedio que destruirme y transformarme en otra sustancia. De ello se encarga el hígado.

Mi blanco perfecto

Una vez en la sangre yo, el Alcohol, atacué a todas las células y órganos con los que me encontré. Ahora bien, mi blanco preferido es el sistema nervioso, atravesé con facilidad la barra hematoencefálica, que se interpone entre la sangre y las neuronas y las células del sistema nervioso. El tejido nervioso, por su alto contenido en sustancias grasas, me resulta una “presa” muy fácil. Disfruto atacando primero a las neuronas más importante, las de los lóbulos frontales, en los que reside la fuerza de voluntad, el juicio y el autocontrol de Oscar, ¡con que facilidad se deja influir por mí! Hago con ellas lo que quiero, hasta volverlas completamente locas.

Bajo mis efectos, Oscar se siente eufórico. Se cree capaz de hacerlo todo a la perfección. ¡hasta de conducir mejor! ¡Qué equivocación! Este engaño que produzco le ha costado a Oscar no pocos sustos en la carretera.

Algunas neuronas murieron bajo mis efectos. Me dio un poco de lástima porque a causa de su complejidad se trata de células irremplazables que el cerebro de Oscar perderá para siempre. Pero ¡que le vamos a hacer, si el sigue bebiéndome casi a diario, creyendo que yo iba a ayudarlo a pasarlo mejor! No eran grandes cantidades, no, pues Oscar nunca llego a perder por completo el control. Sus amigos decían que “sabía beber”. Pero con el tiempo, y sin que él se diera cuenta, me apoderé por completo de él. Lo convertí en mi esclavo. Sus neuronas me reclamaban: no sabía estar bien sin mí. Le produje mucho daño, mucho.

Querer y no poder

Bajo mis efectos, Oscar se sintió muy seguro de sí mismo, casi un super hombre. Yo disfruto riéndome un poco de él. Sí, es como si le hiciera una bromita; le aumento el deseo sexual, haciéndole creer que va a ser capaz de realizar proezas sexuales con su pareja y, cuando va a poner en práctica sus fantasías y deseos, se encuentra con que no puede, lo he dejado impotente.

El corazón se pone a temblar

En el recorrido por todos los órganos de Oscar, yo, el Alcohol, pronto llegué a su corazón, puesto que voy disuelto en la sangre, me mantuve bastante tiempo en íntimo contacto con él. Me hubiera gustado hacerle algún bien, pero no fui capaz.

Las casas comerciales dicen que en pequeñas cantidades soy “bueno para el corazón”, pero tengo que confesarles que no es así. Por más que lo intento, no lo consigo.

En el corazón de Oscar, todo lo que logré fue una pequeña dilatación de sus arterias coronarias, pero que no se tradujo en un aumento eficaz del riego sanguíneo, a causa de que muchas otras arterias de la piel y de los músculos también habían sido dilatadas por mí. La sangre de Oscar se concentró en sus mejillas y en su piel, dándole una apariencia de color rojizo, por lo que llegaba con menos presión a su corazón y a otros órganos internos.

Hombres de ciencia han realizado experimentos conocidos como “pruebas de esfuerzo” para demostrar, con ayuda de un electrocardiograma, que los que padecen angina de pecho presentan síntomas más precozmente cuando están bajo los efectos de pequeñas cantidades de alcohol, además provoco arritmias, insuficiencia cardiaca, inflamación y degeneración del músculo cardiaco (miocardiopatía). El pobre corazón de Oscar se pone a temblar cada vez que paso por su interior.

Morir matando

Si no fuera porque el hígado de Oscar es capaz de destruirme a un ritmo -no muy rápido, por cierto- de unos siete gramos por hora, mis efectos serían mucho mas dañinos, pues persistiría durante largo tiempo en la sangre sin poder ser eliminado. La orina, el sudor y el aliento, las vías naturales de eliminación del organismo, solo consiguen eliminar el 50% de la cantidad absorbida por estómago y el duodeno. Del resto de mí, el 95%, sólo puede desaparecer de la sangre de Oscar si su hígado me transforma en otra sustancia, como el aldehído acético y ácido carbónico, que pueden ser eliminados por el aliento y por la orina.

En las células de hígado de Oscar existe una sustancia química, la enzima alcoholdehidrogenasa, que es capaz de destruirme, pero yo, el Alcohol, no me dejo vencer fácilmente. Al romperse mis moléculas por la acción de esta enzima, mi gran enemiga, obligo a que se produzcan unos cambios químicos en las células hepáticas; altero su equilibrio de oxidación reducción y produzco reacciones en el metabolismo de las grasas y los glúcidos (hidratos de carbono). Como resultado de ellos, se produce la degeneración de las células de hígado, la inflamación e infiltración de grasa de esta glándula y finalmente la cirrosis hepática.

Como ven, yo, el Alcohol, peleo y hago daño hasta el último momento. El hígado consigue destruirme, pero, en venganza, soy capaz de hacerle mucho daño, y hasta destruirlo por completo dejándolo cirrótico. ¿Qué te parece esta forma de morir matando?

Lo siento, pero no se hacer otra cosa

Además de todo lo que les he contado, yo, el Alcohol, afecté muchos órganos de Oscar; su páncreas, sus glándulas sexuales, sus huesos, su piel, pero créanme, yo no quería hacer tanto daño.

Yo, el alcohol, siento de veras de ser tan destructor con la máquina más perfecta de la creación del mundo: el cuerpo humano, ¡que Dios me perdone por destruir así su obra! Pero realmente yo, el Alcohol, no se hacer otra cosa: no pudo hacer más que daño porque no soy más que una resaca, un producto de deshecho de ciertos microorganismos. Y los infelices humanos, en lugar de empeñarse en exaltarme y piropearne, lo que tendrían que haber hecho es arrojarme a la basura de donde provengo. ¡Cuántos habrían salido ganando!